

DANCING WITH DEATH “BAILANDO CON LA MUERTE”

Lorraine Hedke

Traducción por: Ángeles Díaz Rubín

Agosto 2009

Este artículo fue publicado por primera vez en la revista Gecko: A journal of deconstruction and narrative ideas in therapeutic practice (2000, no. 2, 5–16).

En mi trabajo como trabajadora social y terapeuta familiar en el hospital para pacientes crónicos y/o terminales (hospice), he tenido oportunidad de estar cerca de los enfermos que están agonizando. Esto conlleva estar cerca de los miembros de la familia del enfermo y acompañarlos en su experiencia de ver morir al ser querido. Este proceso provoca una sensación de reverencia y de gran valoración, al ver la valentía y resiliencia de las personas afectadas. Así, estas oportunidades me han llevado a pensar en la muerte en forma diferente a la ofrecida por la literatura popular.

En este artículo, es mi deseo hablar de la continuidad en la relación con el ser querido que ha fallecido, pues pienso que cuando una persona muere, la relación que se tiene con ella no muere. Cuando nuestra creencia es, y así la vivimos, que la muerte no es un final sino es una invitación a tener una nueva forma de relacionarse con ese ser querido difunto; estamos rompiendo con la idea del pensamiento moderno que dicta que para recuperarse del dolor, hay que “dejarlo ir” y “seguir la vida sin él o ella”. Lo que nos han enseñado sobre la persona doliente por la muerte del ser querido y lo que tiene que hacer en su duelo para recuperarse del sufrimiento, no siempre es beneficioso, el “dejar ir” puede ser un camino que haga más mal que bien.

Escribiré cómo la forma de entender la Muerte y el Duelo que nos ha ofrecido el Pensamiento Moderno puede ser amplificada, enriquecida, con las ideas desarrolladas por la Narrativa y el Construccionismo Social. Ilustraré la forma diferente de pensar en la muerte contando la historia de una admirable mujer y su trayectoria de vida, entrelazando comentarios que realcen el hecho de cómo las historias y las conexiones con la persona querida pueden seguir creciendo después de su fallecimiento, Es mi deseo que la lectura de mi artículo genere pensamientos y conversaciones sobre la formación de nuevos discursos al referirse a los temas de Muerte y Duelo. Escribiré acerca de cómo podemos utilizar la Narrativa para desarrollar las relaciones y las anécdotas amorosas en nuestras vidas durante y después de la muerte del ser querido.

BILL y ELLEN

Hace poco tiempo tuve la oportunidad de conocer a una familia que reafirmó mi creencia: que el amor, la conexión y la relación que se tienen con una persona no se borran con la muerte. La primera vez que tuve contacto con esta familia fue en la unidad para pacientes internados en el hospital (hospice), Bill, el esposo, había estado hospitalizado los dos días anteriores en el hospital general. Ellen y Bill tenían 42 años de casados. Cuando entré al cuarto, Ellen estaba sentada muy cerca de Bill, lloraba silenciosamente mientras le acariciaba la mano. Acerqué una silla a la silla de Ellen y le pregunté si podíamos platicar. Por el expediente, me había enterado que Bill había sido trasladado en helicóptero a la sala de emergencias del hospital general y desde entonces había permanecido en coma sin recuperar la conciencia en ningún momento. Yo sabía

que su condición física era el resultado del infarto masivo que había sufrido, pero lo que aún yo no sabía eran sus anécdotas, que devolverían a la vida, para mí, a esta persona que estaba muriendo.

Bill sufrió el infarto la semana anterior, cuando estaba con Ellen de vacaciones, antes de esto él había tenido siempre muy buena salud. Ellen, entre sollozos, me dijo que esta vacación había sido de gran expectativa pues significaba que ya estaban listos para reanudar su “vida normal”; me contó que estaban en el proceso de rescatar su matrimonio y sus vidas después de las difíciles experiencias que habían vivido el año anterior. “Mira” me dijo Ellen, “nuestros dos hijos murieron el año pasado”. Mientras compartía conmigo estos hechos en la presencia de su esposo moribundo, pude sentir la potencia de la carga emocional de Ellen por la situación que estaba pasando en este momento. Era difícil imaginar el dolor que tendría aún que soportar, el sólo pensarlo me tensaba el cuerpo. Y siguió diciéndome: “mi hija murió de cáncer en el otoño del año pasado; había estado enferma dos años” tenía 38 años cuando murió. “Nuestro hijo murió tres meses después de un infarto cardíaco” y me explicó que había sido algo inesperado, él tenía 40 años cuando sucedió.

Al poner Ellen sus eventos familiares en contexto, me conmoví por lo mucho que había soportado sobre sus hombros hasta la fecha, y ahora se estaba enfrentando a la pérdida de su marido; yo sabía, por los síntomas que Bill presentaba, que su muerte era inminente. Tres muertes como éstas en espacio de un año, era algo que no se puede soportar. Me preocupé por Ellen, ¿qué significado le daría a lo que estaba pasando?

CONEXIÓN Y PRIMER ACERCAMIENTO.

En este momento ya había algunas prioridades en mi pensamiento, estaba interesada en formar una conexión con Ellen, unirme a lo que ella considerara que le podía ser útil en estos momentos. Para poder sostenerla se requería que yo averiguara lo que ella necesitaba, sin asumir que yo era la que sabía lo que ella necesitaba. Para seguir este proceso respetuoso y colaborativo (Anderson 1997), era necesario establecer un espacio en el que Ellen se sintiera cómoda, es decir, ella me indicaría el grado al que debería involucrarme en los detalles íntimos de sus vidas. Yo tenía una sana curiosidad por saber más, pero quería dejarle la dirección, que fuera ella la que guiara nuestra conversación. Esto era muy importante pues estábamos en un ambiente médico en donde muy probablemente el cuerpo de Bill ya había sido examinado exhaustivamente con las molestias y el dolor que esta intrusión conlleva. Yo no quería sumarme a esto insistiendo en hablar de cosas de las que Ellen no estaba lista para hablar.

Cuando me senté a platicar con ella, pensaba en los potentes factores de riesgo que estaban por venir, me preocupaba que Ellen pudiera fortalecer suficientemente su madurez para poder afrontar la situación; y pensaba ¿cómo una persona puede encarar la vida cuando ha perdido a sus tres seres más queridos en el lapso de un año?, lo más probable era que ella también quisiera morir o por lo menos se sentiría muy desanimada; dentro de mí me preguntaba si Ellen tendría conscientes sus anécdotas de valentía y resiliencia. ¿Qué pensará de sí misma cuando tiene que responder a estos retos extremos de la vida? También tenía la curiosidad de saber con qué apoyos contaba, tanto espirituales como de parte de su comunidad, cómo los había utilizado en otras situaciones y si podría utilizarlos en lo que ahora le tocaba afrontar en su vida.

En mi primer acercamiento también quería saber cómo estaba entendiendo lo que estaba pasando; para este fin le hice algunas preguntas al respecto, con la esperanza de recavar suficiente información para saber cómo estaba procesando esta situación y en dónde yo podía ser un soporte para ella. Esto incluía preguntarle acerca de cuál era su

sentimiento con la información médica que estaba recibiendo. ¿Cómo le habían explicado la condición física de su esposo? ¿Qué pensaba que iba a suceder en los días subsiguientes? Con estas preguntas sabría si tenía alguna esperanza de que Bill recuperara la salud o si creía que moriría. El hecho de que había sido trasladado a este tipo de hospital (hospice) me hacía pensar que su doctor veía inminente la muerte de Bill, pero no sabía si ya lo habría conversado con Ellen.

Empecé también a hacerle preguntas superficiales sobre las opciones que tenía para las decisiones que tendría que hacer. En la reciente cultura moderna, el manejo de los muertos ya no lo hace la familia pues es la funeraria la que se encarga; así, hay muchas personas que nunca han visto a una persona muerta y menos aún saben preparar un cadáver para su entierro. En la actualidad hay un abanico de posibilidades para decidir qué hacer con el cuerpo del difunto, pero todas las decisiones tienen el potencial para ser abrumadoras (Quigley 1996). Yo quería discutir con Ellen algunos temas a los que muy pronto se tendría que enfrentar, por ejemplo: la decisión de enterrar o cremar el cuerpo. Mi deseo al abrir el espacio para discutir estos temas, no era ser brusca, sino proveer una plataforma de conversación con ella que fuera congruente con sus preferencias. En estos momentos en donde las cosas parecen estar fuera de control, hablar de asuntos como la donación de órganos y los arreglos funerarios pueden ayudar a la persona en su agencia personal. Tentativamente abordé el tema preguntándole cómo habían manejado los detalles cuando murieron sus hijos, ¿los habían enterrado o cremado? Estos detalles, ¿los habían pensado por ellos mismos? ¿Le parecía bien que ahora fuera de la misma manera o era mejor de manera diferente? Cuando hablo de estos temas, es muy común, si el tiempo lo permite, que las personas quieran poner en palabras el reflejo que a distancia tienen las decisiones entonces tomadas. Así, aunque no había mucho tiempo, mientras pensaba en algunos detalles, decidí hacerle preguntas a Ellen sobre otras cosas.

INVITANDO A LAS HISTORIAS DE BILL

Quería formarme una idea de la vida matrimonial de Ellen y Bill y en ese proceso buscar pequeñas historias de esperanza y sostén en una situación abrumadoramente lúgubre. Invité a Ellen a platicarme de su esposo: ¿qué cosas de él había llegado a valorar más durante su matrimonio? ¿Cómo describirían a Bill sus amigos? ¿Qué dirían que le admiran? También pregunté como veían a su papá sus hijos difuntos y le pedí que me contara historias relacionadas a la forma en que la vida de Bill los había tocado, influido en sus vidas. Me contó lo orgulloso que estaba Bill de su hija cuando en la boda caminaron juntos hacia el altar y cómo luego adoró a sus tres nietos. Pero lo que más valoraba Ellen era la risa de Bill, lo describió como “una verdadera chispa” y como muy involucrado en la comunidad polaca del lugar donde vivían. Tenía fama de buen narrador de historias, y entretenía a la gente con sus chistes y cuentos. Físicamente era corpulento y le gustaba bailar, cantar y comer; le encantaba bailar la polca. Permanecí con ella un buen rato mientras reflexionaba sobre la vida de Bill desde muchas perspectivas, tanto propias como de otras personas. Ellen dibujó para mí la figura de un hombre maravilloso lleno de vida y de amor.

Al ir trascurriendo ese día llegaron a acompañarlos algunos amigos quienes enriquecieron las historias que Ellen me había compartido. Durante el trabajo que mi puesto de trabajadora social demandaba en la unidad, periódicamente entraba al cuarto y escuchaba de sus amigos los pequeños detalles que reflejaban lo adorable que era Bill. Se reían al contar los dulces recuerdos de su vida, de las salchichas y cerveza predilectas, pero más que nada hablaban de la polca que bailaba. Yo empezaba a

entender la vida de Bill en forma significativa, a pesar de no haber tenido oportunidad de cruzar con él ni una sola palabra.

HACERLE FRENTE AL DISCURSO DOMINANTE DE DUELO.

En este contexto -junto a la cama de un moribundo- el tiempo es algo muy apreciado, y yo estaba consciente de esto, así las preguntas que hice a Ellen fueron muy conscientes y precisas, no había mucho tiempo para que ella se preparara para la muerte de su esposo; tampoco podía darse el lujo de usar el tiempo para terminar “asuntos pendientes” con él, o para irse acostumbrando a una vida sin la presencia física de Bill. No existía una planeación de antemano con una lista de los pasos a seguir para progresar convenientemente en el duelo, la situación era la cruda realidad de la vida y de la muerte. Mi deseo era ayudar a Ellen para que rápidamente encontrara historias prácticas de esperanza, para eso en vez de enfocarme únicamente en su muerte las preguntas que formulé eran para invitarla a celebrar la vida de su esposo. No le pregunté si había algo necesario que decirle a su esposo antes de que muriera; tampoco asumí que sería algo funesto y que se acrecentaría su dolor si ella no pronunciaba palabras de cierta importancia en la despedida final. En vez de esto, escogí conscientemente no seguir los discursos dominantes que se usan en estas circunstancias: “qué horrible” “te tomará mucho tiempo el sobreponerte” “vas a necesitar ayuda o un grupo de soporte para elaborar el duelo.” Preferí asumir que existían historias alternativas a la historia trágica, aunque en este momento no estuvieran muy claras ni con el tamaño suficiente para ser dominantes. Yo creo que en medio de lo que parece ser una gran tragedia siempre hay algo bueno que puede nacer, y que hay muchas posibilidades de reír y amar ante la presencia de la muerte y el dolor.

Tenía también interés de conocer a Bill a través de los ojos de Ellen y de los ojos de otras personas. Preguntarle sobre la opinión que otros tenían sobre él, era con la intención de resaltar y engrosar el conocimiento que ella ya tenía de la presencia de Bill en un contexto de familia y comunitario. En situaciones de mucha presión, nuestras comunidades, en todas sus formas y clases, sirven como audiencias sanadoras (Myerhoff, 1980; White, 1997). La intención en mis preguntas era que Ellen recordara las comunidades que ella y Bill habían establecido y de alguna manera las tuviera en mente para poder echar mano de los recursos que estas personas podían brindarle en este momento y en el futuro.

Algunas de mis preguntas eran específicamente para crear el espacio donde Ellen pudiera incorporar la presencia de Bill a su propia vida e identidad en una forma más enriquecedora (White 1989, 1995, 1997). A través de este proceso mi esperanza era que después de la muerte de Bill, ella estuviera en la disposición de continuar la relación con su esposo y que la voz de él estuviera a la mano para ser su guía y su consuelo; también estaba esperanzada en que en este momento y en el futuro, las personas de la comunidad en donde Ellen se desenvolvía tuvieran un papel activo en esto, que fueran una audiencia virtual o tangible en el acrecentamiento de la relación entre Ellen y Bill.

MANTENIENDO VIVA LA VOZ DE BILL

Pregunté a Ellen como había estado Bill cuando murieron sus hijos, quería saber como se habían ayudado uno al otro en esas dificultades y saber la conciencia que tenía Ellen de su resiliencia. Me contó que durante ese tiempo tan comprensiblemente espantoso, encontraba consuelo en las palabras y en los brazos de su esposo, y yo me preguntaba que se imaginaría ella que su esposo diría de su resistencia para afrontar este

momento. “Si en este momento Bill pudiera hablar” le pregunté, “¿de qué diría que está orgulloso de ti en estos momentos?, ¿qué notaría?, ¿se daría cuenta de lo estás haciendo y diría que lo estás haciendo bien?, ¿tendría la expectativa que la fuerza de los 42 años que llevan de matrimonio hubiera contribuido para que estuvieras preparada para vivir esto?”

También hice preguntas sobre qué es lo que él diría acerca de su relación matrimonial ¿qué diría de ellos como pareja? Y Ellen habló de lo que él creía de ella y de su matrimonio, Bill la describía como una persona “animosa” especulando que también la veríamos salir adelante de esta situación. Habló de lo mucho que se habían divertido juntos y volvió a mencionar lo mucho que le gustaba a Bill la música de polca, le gustaba su ritmo y su brío. Este recuerdo encajaba perfectamente en la imagen que tenía de Bill respecto a la forma como encaraba la vida.

Según el discurso dominante sobre la muerte y el duelo, este sería justo el momento de despedirse, pero mi intención era diferente, yo quería saber cual había sido el impacto que este hombre había tenido en Ellen, en sus hijos y en los demás, y para esto la estaba invitando intencionalmente a participar en el proceso de reflexión sobre este impacto, para aumentarlo y llevarlo más allá de la vida e inmortalizarlo ante sus ojos. Para enriquecer el texto de estas maravillosas anécdotas, se necesitaban preguntas que inyectaran vitalidad a los detalles (White 1995, 1997; Freedman & Combs, 1996). Había que traer imágenes y anécdotas de la vida de Bill y enriquecer su complejidad para que estuvieran claramente iluminadas, en vez de tratarlas como algo que se estaba apagando dentro de su conciencia.

Yo pienso que ninguna persona quiere ser olvidada cuando muere, y tampoco las personas que quieren al ser querido les gustaría olvidarlo cuando esta muriendo o cuando ya murió. El discurso dominante sobre el duelo apoya el olvidarse del ser querido que muere, y aconseja sobreponerse al dolor y seguir adelante (Vickio 1999). Yo creo que esto desacredita la riqueza de las historias que todos llevamos dentro de nosotros. Al hacer preguntas generadoras de lo que Ellen imaginaba sobre las experiencias que Bill había vivido, la estaba invitando a acompañarme en el re-cordar de Bill (Myerhoff 1980; White 1995, 1997). En este proceso la ilusión es que Bill continúe presente en la vida de Ellen, en una relación importante y vital.

En vez de entrar a la vida de esta mujer bajo la certeza de saber lo que necesitaba para poder decir un adiós final a su marido, entré asumiendo que, aunque de una forma diferente, la relación entre ellos continuaría aún después de que él muriera. La estaba invitando a dar el paso para entrar a nuevas formas de relacionarse con él; y esto demandaría un gran trabajo de su parte. Para que la voz de Bill permaneciera viva en su mente, la voz de “su otro internalizado” (Tomm 1987a, 1987b, 1988, 1995) tendría que ser mucho más activa en las futuras conversaciones, puesto que ya no estaría físicamente la voz de Bill para reforzarlas. Yo quería que su presencia estuviera siempre a mano para ella, aún a la hora de su muerte, cuando Ellen tuviera que negociar personalmente con esos terribles y retadores momentos. Mis preguntas estaban concientemente dirigidas a estimular la confianza que Bill tenía en ella y así una y otra vez, esta confianza se revitalizara. Me imaginaba que de hoy en adelante, en los meses siguientes, Ellen tendría que volver sobre todo esto y tendría que volverse más experta para llamar a la voz de Bill en forma poderosa.

Yo asumía que Ellen tenía bastante sabiduría, especialmente por la forma en que ya había manejado la adversidad. Algunas de estas fortalezas habrían brotado de los grandes apuros que ambos habían enfrentado en la muerte de sus hijos. Además, no había certidumbre de que Ellen hubiera tenido el tiempo y la oportunidad, todavía, para describir lo vivido como fortalezas, por eso mis preguntas estaban diseñadas para llevar

la historia más adelante e invitarla a reflexionar acerca de lo bien que había manejado todas las situaciones.

Esta clase de pensamiento y la forma de preguntar es completamente diferente al discurso dominante sobre el duelo. Las construcciones predominantes tenían el potencial para etiquetar a Ellen diciendo que estaba sufriendo de algún tipo de reacción ante el duelo. Yo no estaba interesada en seguir este tipo de conversación. Estos modelos, basados en ideas de deficiencia, solamente inhiben las habilidades para lidiar con los problemas y boicotean nuestra confianza (Gergen 1994; Winslade & Monk 1999). En vez de eso, mi interrogatorio era al mismo tiempo pragmático e intencionado para tener acceso a sus historias no-escritas sobre su valentía y sus fortalezas. Este tipo de conversación resalta la habilidad de la gente para encarar la ocasión y manejar las cosas que creían no poder manejar. La vida para Ellen seguiría de una u otra manera y a pesar del breve contacto que habíamos tenido, mi preocupación era el tipo de experiencia que sacaría al continuar su vida en estas circunstancias. ¿Cómo podía acrecentar la probabilidad de que dentro del proceso de la muerte de Bill, se incluyeran las cosas positivas y que Ellen las reflexionara y las utilizara para reinventar su relación con su marido?

Mis preguntas eran una invitación a dar el paso hacia una postura ética del cuidado de sus propios recursos, resaltando su propia historia como la de una persona de alto calibre, valentía y resiliencia.

LOS ÚLTIMOS RITOS

Esa tarde, uno de sus amigos trajo un walkman y música de polca. Ellen había comentado que una persona en coma aunque no está conciente sí puede oír, así colocaron el aparato a los oídos de Bill y los que estábamos en el cuarto podíamos escuchar también los ritmos de la polca. Todos los amigos estaban disfrutando al relatar anécdotas referentes a la polca, cuando llegó el sacerdote católico, que Ellen había solicitado para impartirle a Bill los santos óleos. El ritual, con sus bendiciones y rezos, se llevó a cabo acorde a la vida de Bill, es decir con un fondo musical de polca.

No permanecí con ellos durante el día y cuando regresé al anochecer, encontré a Bill todavía con los audífonos puestos escuchando la música de polca. A pesar de que no había tenido ningún signo de respuesta, Ellen parecía mucho más confortada y me contó que imaginaba a su esposo riendo irreverentemente ante la imagen del sacerdote administrando el sacramento a un hombre que al mismo tiempo oía música de polca saliendo a todo volumen de un walkman. “El también hubiera gozado la ironía”, dijo.

Le pregunté si se imaginaba que Bill estaba bailando y sus ojos se iluminaron cuando me contestó: “va bailando en su camino hacia Dios” Y le pregunté: ¿crees que está satisfecho con esta forma de morir? Ellen pensaba que sí. Platicamos otro poco sobre la idea de que bailaba en su camino hacia Dios y cómo esta era la manera adecuada a la forma de vivir de Bill, era como “morir con las botas puestas” una metáfora también apropiada en este caso. Nos despedimos Ellen y yo con un abrazo y le agradecí la oportunidad que me brindó de conocer a Bill a través de su mirada llena de amor.

UNA METÁFORA QUE RESUENA

El momento no era predecible; si yo hubiera buscado una etapa de duelo en particular, podría haber ignorado la enorme riqueza que tenía frente a nosotros. Juntos construimos una metáfora que tenía el poder de resonar en la conexión con la vida.

Mientras conversábamos, se fue creando una historia alrededor de la metáfora, que no estaba inspirada en ideas universales sobre las etapas de duelo que Ellen tendría que recorrer. Tampoco se consideraba la situación como una tragedia pues creamos una historia positiva con la esperanza de que tuviera el impacto suficiente para ayudar a Ellen a dar forma a esta experiencia de la muerte de su esposo. Era una historia ligera y llena de humor, no una historia para lamentar y cargada de un pesado dolor.

Su sonrisa llena de bondad me indicaba que la historia le había ayudado en este momento y yo tenía la esperanza que esta historia continuara teniendo el potencial tranquilizador y cicatrizante para Ellen. Me la imaginaba en el funeral, diciéndole a la gente la manera en que Bill había muerto: “Bailando su camino hacia Dios”, y también me la imaginaba dentro de varios años, contándoles a sus nietos esta historia cuando les platicara sobre la vida de su abuelo. Esta era una historia de gran esperanza y una herencia positiva que nació de un breve momento, una historia de valentía y de amor que acompañaría a Ellen el resto de su vida.

Esta historia de cierta forma encapsula la forma en que trabajo con las familias en un espacio hospitalario, en donde he encontrado que la práctica narrativa es sumamente beneficiosa.

Mi trabajo enfatiza los siguientes principios:

- Afirmar que la vida y la relación con la persona sigue y no se entierra definitivamente con la muerte.
- Apremiar cómo la emergencia de la muerte da oportunidad para relatar y vivir anécdotas llenas de amor, esperando que perdurarán por mucho tiempo después.
- Hacer preguntas para generar afirmaciones y recuerdos ingeniosos de estos momentos, para que en el futuro sean útiles cuando se re-cuerden y se reflexionen.
- Usar preguntas para resaltar el pensamiento creativo dentro de las restricciones de realidades que en otro contexto serían fijas, como el tiempo y la proximidad.
- Buscar junto con las personas los recursos que pueden sacar de sí mismos para manejar los retos de transición que la muerte trae consigo.
- Utilizar el poder y la flexibilidad de una historia para trascender la mortalidad física.
- Promover la re-membranza de las vidas y las relaciones.
- Rechazar la propuesta de que para lograr un manejo saludable de la crisis originada por la muerte de un ser querido, la gente tiene que completar el proceso de despedida y dejarlo ir.
-

Estos principios se refieren a una forma diferente de pensar en el duelo y en la muerte. Yo creo que es un acercamiento respetuoso. Para esto se requiere que me involucre suavemente con las personas en los momentos de desafío y trabaje con ellas en la co-construcción de historias de esperanza y amor.

Esa noche, me despedí con la esperanza de que estos breves momentos hicieran una diferencia a través del tiempo en la vida de Ellen. Había estado involucrada en sus vidas solamente por tres o cuatro horas durante el día, me enteré que Bill había muerto dos horas después de que me fui. Tenía 67 años cuando bailó su camino hacia Dios.

Nota: Para respetar la privacidad de las personas, en este artículo fueron cambiados los nombres y la información que podría ser identificada.

DEDICATORIA

Este artículo está escrito para dar honor a Fred den Broeder. El mismo día en que supe que esta historia ya estaba en prensa, Fred murió. Su lucha contra el cáncer me recordó lo que es la valentía, la bravura y la persistencia, y también me hizo pensar en la fragilidad de nuestro cuerpo. Amigo, recordemos que siempre hay una nueva buena porra: ¡¡¡Hurra!!!!

REFERENCIAS

- Anderson, H. 1997: *Conversations, language and possibilities*. New York: Basic Books.
- Freedman, J. & Combs G. 1996: *Narrative therapy: The social construction of preferred reality*. New York: W.W. Norton.
- Gergen, K. 1994: *Realities and relationships*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gilligan, S. & Price, R. 1993: *Therapeutic conversations*. New York: W.W. Norton.
- Klass, Silverman & Nickman 1996: *Continuing bonds: New understandings of grief*. Philadelphia: Taylor & Francis.
- Myerhoff, B. 1980: *Life not death in Venice*. In Turner, V. & Bruner, E. (eds) 1986: *The anthropology of experience*. Chicago: The University of Illinois Press.
- Tomm, K. 1987a: 'Interventive interviewing: Part I. Strategizing as a fourth guideline for the therapist' *Family Process*, 26:3-13.
- Tomm, K. 1987b: 'Interventive interviewing: Part II. Reflexive questioning as a means to enable self-healing' *Family Process*, 26(2):167-183.
- Tomm, K. 1988: 'Interventive interviewing: Part III. Intending to ask lineal, circular, strategic or reflexive questions.' *Family Process*, 27(1):1-15.
- Tomm, K. 1995: 'Co-constructing healing elements of mind' *Narrative ideas and participants conference*, Vancouver, British Columbia.
- Quigley, C. 1999: *The Corps: A history*. Jefferson, NC: McFarland & Company.
- Vickio, C. 1999: 'Together in spirit: Keeping our relationships alive when loved one dies' *Death Studies*, 23(2), March.
- Wass, H. & Neimeyer, R. (eds) 1995: *Dying: Facing the facts*. Washington, DC: Taylor & Francis.
- White, M. 1989: 'Saying hullo again.' In *Selected papers*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.

White, M. 1995: *Re-authoring lives: Interviews & essays*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.

White, M. 1997: *Narrative of therapists' lives*. Adelaide: Dulwich Centre Publications.

Winslade, J. & Monk, G. 1999: *Narrative counseling in schools*. Thousand Oaks, CA:Corwin Press.